

# CONGRESO NACIONAL DE I

U O  
425

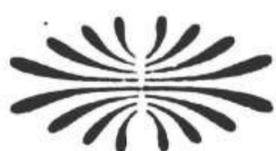
CELEBRADO EN MADRID EN OCTUBRE DE 1919.

## CONFERENCIA leída en el Ateneo de Madrid, con el tema

«ECONOMÍA POLITICA APLICADA AL  
FERROCARRIL DE DAX Á ALGECIRAS»

Por el Ingeniero de Cami-  
nos, Canales y Puertos,  
**EMILIO AZAROLA**

REPRESENTANTE del Excelentísimo Ayuntamien-  
to DE PAMPLONA en el expresado Congreso.



PAMPLONA  
IMPRESA PROVINCIAL  
á cargo de Mariano Falces

—  
1919



# CONGRESO NACIONAL DE INGENIERIA

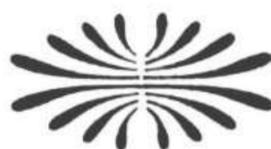
CELEBRADO EN MADRID EN OCTUBRE DE 1919.

## CONFERENCIA leída en el Ateneo de Madrid, con el tema

«ECONOMÍA POLITICA APLICADA AL  
FERROCARRIL DE DAX Á ALGECIRAS»

Por el Ingeniero de Cami-  
nos, Canales y Puertos,  
**EMILIO AZAROLA**

REPRESENTANTE del Excelentísimo Ayuntamien-  
to DE PAMPLONA en el expresado Congreso.



PAMPLONA  
IMPRESA PROVINCIAL  
á cargo de Mariano Falces

—  
1919

6673



## AL LECTOR:

Es posible que algunas ideas lúcidas, de las que no son originales mías, que aparecen en esta conferencia, choquen con otras, que almacenó tu aguda inteligencia por falta de madura reflexión, y en este caso, tu primer impulso será rechazarlas; porque hieran una falsa evidencia que la costumbre ha sedimentado en tu mente. También nuestros ojos quedan deslumbrados y no aciertan á ver cuando pasan repentinamente de la obscuridad á una luz viva. Te suplico deseches ese efecto pasajero y prestes luego una atención benevolente á mi discurso.

Y asimismo consideres con indulgencia la concisión y brusquedad de ciertos razonamientos. La materia que trato es vastísima y requeriría una extensión inaceptable en las circunstancias, y en buena retórica apelo para solventar la dificultad, al recurso á que, en análogo trance, se acoge el arte pictórico; que es acentuar exageradamente los contrastes de sombras y de color y dejar adivinar por tí mismo, con los más nimios matices del claro obscuro y los más menudos detalles de la línea, lo que no definen los cuatro manchones dirigidos tan solo á lograr una impresión de que tu claro intelecto extraerá la verdad científica, con todo el relieve de su forma precisa.





## Sres. Congressistas:

La realización del ferrocarril directo de Dax á Algeciras, que cerrará un circuito de interes mundial, enlace de las redes europea y africana, vía de comunicación de máxima rapidez entre el continente europeo y la América meridional se halla en trámite de redacción del proyecto definitivo. El estudio del **directo**, como hemos dado en llamarle, ha promovido, como promueve siempre el estudio de ferrocarriles de alguna importancia, por causas que aparecerán en lo que sigue, rivalidades de intereses privados sobre los cuales el trazado ejerce gran influencia y estas rivalidades se han traducido en un clamoreo en que descuellan voces contrarias á la ejecución de la obra, tal como está planeada. Pero tanto la traza del camino, como la urgente necesidad de construirlo son tan claras, que ha habido poco interés en apagar aquellas contrarias voces, por parte de entidades que defendiendo la riqueza pública y deseando el aumento de la suya privada, están esperando la labor utilísima de su construcción.

Pero como aquel disonante clamoreo se ha concretado en ponencias presentadas al Congreso de Ciencias celebrado en Bilbao, primero, y á este nacional de Ingeniería, después, y hadado lugar á una controversia pública, una entidad interesada en la construcción del **directo**, el Ayuntamiento de Pamplona, ha decidido suplicar sea oída su voz en este Congreso, el más autorizado para emitir opinión en esta discordia y me ha nombrado con el mandato de que os presente un aspecto de aquella vía y de su proyectada inmediata construcción. De mí, el menos capacitado de los que han estudiado el problema, no esperéis otra cosa que una llamada de atención para que los inadvertidos,

mediten sobre el asunto y no se dejen influir por afirmaciones equivocadas ó rutinarias.

Habéis oído hablar magistralmente del aspecto técnico de la cuestión á mi querido compañero el Sr. Valentí, á cuyas palabras me adhiero enteramente y obligado por el deber que me impone la honrosa representación de Pamplona, he de tratar por mí mismo del aspecto económico de esta vía de comunicación y he de disculparme previamente de los visos de maestro que se ve en la necesidad de mostrar, este mediocre discípulo de Economía política. Así mismo invoco el penoso deber de escucharme en que se encuentra todo aquel de vosotros que haya de emitir su voto en negocio de tanta transcendencia.

La Economía política es una ciencia de *primera necesidad*. No es como la Astronomía, un conocimiento que el hombre aborda por aquella incontrastable atracción que ejerce la verdad sobre la mente humana, pero que puede aplazar como la satisfacción de necesidades de un orden más elevado que las de pura existencia animal. Es como las Ciencias médicas, un estudio que en vano se querría demorar, pues muy pronto el dolor, la enfermedad y la muerte sujetarían la atención al examen de sus causas naturales, con fuerza indeclinable.

Esto mismo sucede con aquel género de meditación que, desde el nacer al morir, absorbe la mayor parte de nuestros pensamientos que se dirigen, encadenados por la necesidad, á averiguar los modos más llevaderos de satisfacerla.

Sin embargo, la Economía política corriente se halla en un atraso lamentable y yo, el último de vosotros, denuncio su incapacidad para resolver el más simple de los problemas económicos y su insuficiencia para sacarnos de la perplejidad más elemental que se nos presente al meditar sobre asuntos tales. Los maestros de Economía nos enseñan un cúmulo de indigestas elucubraciones, de que está ausente aquella sencilla y accesible majestad de la verdadera ciencia; pero debemos juzgar á los hombres por sus

âctos y á las ciencias por sus resultados tangibles y para que respetáramos las Escuelas economistas debían presentarnos, á la par que sus teorías, como las otras ciencias, sus éxitos. Ahora bien; de todas sus predicciones ninguna se cumple; de todos sus remedios, ninguno es eficaz; á pesar de todos sus sistemas, el cuerpo económico se desquicia

Permitidme que os presente casos que ocurren á primera vista.

Para zanjar la, por nadie desmentida, pugna entre el capital y el trabajo, que son sin embargo, á todas luces, armónicos, no hay maestro de Economía, que no proponga remedio inmediato, cuya eficacia irrisoria está á la vista de todos. A pesar de todas las medidas encaminadas á lograr la calma, en todas las naciones, se encona más la lucha. ¿No es prueba de que se desconoce la raíz del mal, esta ineficacia de los remedios ensayados?

Se atribuye al capital y al trabajo carácter de exclusividad, como factores de toda producción y se olvida que, como el trabajo no puede obrar solo sin asiento de algo sobre que deba ejercerse y como el capital es, por esencia fruto de un trabajo anterior, queda insoluble el problema de saber cómo se produjo el primer capital.

Para remedio de un empobrecimiento que se traduce en dificultades para la vida de muchos, autoridades rodeadas del general respeto aplican la tasa, cuando todos estamos de acuerdo en su ineficacia y en que puede compararse á algún indeformable zuncho que se adaptara á un organismo vivo, para evitar su crecimiento.

Después de proclamar, desde los sitios más eminentes de la Sociedad, que el fomento de la exportación de productos es causa de enriquecimiento de la nación, para evitarlo sin duda, se prohíbe, en cualquier ocurrencia, el cambio á través de las fronteras.

Las determinaciones autoritarias van, sin orden ni concierto, á remolque de los sucesos y la confusión de términos es tan general, que parece regla en esta clase de conocimientos, como voy á explicar.

No hay ciencia más clara, más nítida, más intuitiva que la Geometría euclidiana. En la consideración de esta ciencia las líneas rectas paralelas tienen la cualidad de no encontrarse aunque se prolonguen en toda la extensión de su figura, pero este carácter no es exclusivamente suyo. Circunferencias concéntricas, por ejemplo, son líneas que también presentan el carácter de no encontrarse. Pues bien, si de este carácter común hiciéramos motivo bastante para denominar «paralelas» indistintamente á las líneas rectas que lo sean y á sistemas de circunferencias concéntricas y extendiéramos las propiedades todas de las rectas paralelas, en adelante, á todo lo que, en nuestra inadvertencia, designábamos ya con esta palabra, ¿qué confusión no se produciría? Un cuadrado y un triángulo pueden tener áreas equivalentes, pero si de esta equivalencia hacemos motivo bastante para sustituir, en todo y por todo, una figura por otra ¿qué teorema queda en pié?

Pues en Economía política llamamos, para ejemplo de confusión de términos, *capital*, á riqueza producida por el trabajo humano, que no es consumida inmediatamente sino que guarda el ahorro, para facilitar una ulterior producción. Así, á la riqueza capital, tiene que ir adscrita la fatiga del trabajo que costó el lograrlo. Y á renglón seguido algunos economistas acreditados llaman capitalista al propietario de solares que no tienen ningún esfuerzo adherido, que no han sido producidos ejerciéndose sobre ellos el trabajo humano solo porque la propiedad de solares y la del capital tienen un carácter común, que es redundar en beneficio de su dueño.

Y como un carácter común del capital y del trabajo es concurrir á la producción he oído que se catalogaba estos factores con estas palabras: capital y capital-trabajo; aunque de modo igualmente equivocado, pero de apariencia más lógica, pudiera hacérselo así: trabajo y trabajo-capital.

Muchos hemos oído asombrados á varios agentes de seguros sobre la vida, afirmar imperturbables, que nuestra

vida es un capital, sólo por el carácter común de nuestra vida y el capital de que su cesación y aniquilamiento redundan en perjuicio de otras entidades.

Y por último, ¿quién no usa indistintamente las palabras dinero y capital sólo por su equivalencia en el cambio?

Sumido en esta universal confusión y general ignorancia, debo intentar sin embargo un estudio económico. No extrañéis que antes de comenzar una concisa aplicación de principios, procure sentar estos sobre una base menos falsa que la corriente. Las ideas dispersas entre las enseñanzas de algunos maestros me inspiren, y la meridiana claridad que sobre multitud de problemas proyectó un genio inmortal, cuyo nombre delatará la huella que dejaron sus enseñanzas en mis ideas.

Para el intento que persigo, relacionado con una obra impulsora del desarrollo de la riqueza pública, tropiezo con una fundamental confusión que se esparce, casi sin obstáculo, por todo ámbito de pensadores entre estos dos términos: fortuna pública y riqueza privada. Confusión que no se libró nadie, hasta que surgió el concepto de dos distintas naturalezas del valor. El valor de producción y el valor de obligación.

No emprenderé la definición detallada entre estas dos clases de valor; los que de vosotros habéis tenido la ocasión ó el placer de estudiar estos asuntos la conocéis mejor que yo, y para los demás procuraré con ejemplos, despertar su certera intuición.

Primer ejemplo de valor de obligación: si quien tenga jurisdicción suficiente para ello, las Cortes españolas en hipótesis, me concediera el derecho exclusivo, el monopolio de la pesca en nuestras costas del mar Cantábrico, habría añadido á la lista de los españoles adinerados una individualidad más. Un español más nadaría en la opulencia. Yo podría autorizar la pesca en aquellas costas mediante permisos especiales, retribuidos por una renta que yo haría cobrar en mi provecho y hasta podría ceder documentos

que fragmentaran el monopolio. Cada uno de estos fragmentos tendría un valor proporcionado á su amplitud. Pero todos estos valores, y mi propia considerable riqueza, no añadían un ápice á la fortuna nacional, evidentemente. ¿Qué ganaba la fortuna pública con que yo cobrara una renta que arbitrariamente se me otorgaba si otro había de pagarla? Tal vez, por lo contrario, la desigual distribución concurriera, por razones psicológicas ó morales, á restringir la producción. Para hablar en términos á que estamos habituados, diría que mi riqueza entraba en el patrimonio general por una cantidad positiva de valor absoluto igual á la cantidad negativa en que había de estimarse la obligación de todos los pescadores del Cantábrico de entregar una renta por la licencia de pesca que habian de recabar de mi consentimiento. Este valor de obligación no añade por tanto nada á la fortuna general, aun cuando se entienda esta constituida por la suma de todos los valores, estimando cuidadosamente aquellos valores negativos, que antes de esta aclaración trascendental eran tenidos en cuenta para nada.

Otro ejemplo: durante la primavera y verano pasados, por motivos que no son del caso, manos iracundas incendiaron criminalmente fincas repletas de mies en Andalucía. La pérdida de riqueza que el incendio causaba es evidentemente igual al valor de todas las mieses quemadas. Pero el valor del grano no incendiado y que se cosechó, hubo de subir de precio por causa de la escasez relativa causada por los incendios. Hé aquí un valor (esta sobre-elevación de precio) producido por destrucción de riquezas, pero que no es ganancia para la fortuna pública; pues evidentemente, ésta sufrió íntegramente la pérdida de todo lo quemado sin compensación alguna. Aquella original ganancia, que aumentaba el peculio de los tenedores del grano salvado de las quemas, estaba compensada por igual disminución del peculio de los que habian de consumirlo. Este aumento de valor es pues, un valor de obligación.

Otro ejemplo: por una disposición de autoridad com-

petente, se eleva en un momento dado los derechos arancelarios de una mercancía determinada en España. Las existencias actuales de aquella mercancía suben de precio y hay un aumento de valor. ¿Se aumenta con ello directamente la riqueza pública? (No pregunto por los efectos indirectos y diferidos del arancel sino por el efecto inmediato de la sobretasa). En modo alguno; porque lo ganado por los actuales poseedores de aquella mercancía es precisamente igual á lo que pierden á causa de la disposición fiscal, los que han de consumirla ó emplearla.

Otro modo de producir valores de pura obligación es el aplazamiento unilateral ó bilateral de la entrega de valores ó servicios cambiados. Este aplazamiento, y la consiguiente promesa convenida de una futura liquidación, suele constar en documentos que se llaman á las veces, por antonomasia, obligaciones, y son, efectivamente, valores de esta clase.

De muchos modos se engendra el valor de obligación. De muchos modos: contrastando con el valor de producción que no tiene mas que una génesis; por el esfuerzo y la fatiga de los hombres. Cuando se aplica el trabajo humano de un modo consciente y oportuno á producir utilidades que satisfacen una necesidad sentida, nace ese valor de producción que constituye la fortuna pública. En ningún otro caso. La fortuna pública se constituye exclusivamente mediando el trabajo humano y todos los privilegios y monopolios que son fuente inagotable de riqueza privada, ni en un ápice se acumulan á la fortuna de todos.

Podrán ser y son en realidad ricos los hombres que disponen de valores de obligación, pero si queremos aportar su riqueza como sumando para integrar la fortuna pública, hemos de llevar al conjunto, con el signo negativo, las obligaciones de igual valor absoluto, que pesan sobre aquellos seres, conocidos ó no, que hayan de rescatar la obligación que consta en aquellos valores por medio de su trabajo.

*El hombre, un hombre, puede vivir de valores de*

*obligación que carguen sobre las espaldas de otros, pero los hombres, todos los hombres, solo viven de valores de producción, del fruto del trabajo.*

Os propongo un experimento imaginario para ensayar la naturaleza de los valores: es dotar á todos los coterráneos de su dueño, de igual valor que el ensayado. Si con una razonable distribución de todos estos bienes, no disminuye el valor del primitivo, se trata de valores de producción. Si con la difusión de valores semejantes, aquél valor primitivo se anula, era de obligación.

Ejemplo: una de las naciones, vecinas nuestras, gime bajo el peso de una deuda pública de post-guerra de 60.000 millones de pesetas. Veamos qué clase de valor es ese, qué economistas á la moda califican de carga ó de riqueza según los momentos de sus discursos. Para ello suponemos que reunido el Senado de la nación, acuerda compensar la abnegación demostrada en la guerra por los ciudadanos, otorgándoles una suma en proporción á ciertas consideraciones que estima de justicia. Al ciudadano que posee más títulos de la Deuda pública, que tiene por valor de diez millones de pesetas no se le asigna nada. A otros ciudadanos que tienen nueve millones se le dá uno más. A los que tienen ocho millones, dos más y así sucesivamente, llegando á dar á cada ciudadano que no poseía nada diez millones por persona. Para hacer todo esto, el Senado crea una deuda aplastante al parecer, una Deuda como jamás se ha conocido otra; porque si los ciudadanos eran en número de 40 millones, la Deuda total alcanzaría á un 4 seguido de catorce ceros.

Pero bien, una vez hecho esto, todos los nacionales, pensando de consuno, caen en la cuenta de que cada uno de ellos ha de cobrar intereses por valor precisamente de la misma cifra de la contribución que ha de recaer sobre cada uno, por el concepto de Deuda pública y en vista de ello y para no mantener en pura pérdida los empleados de Hacienda encargados de las operaciones fiscales que requiere el manejo de tan formidable Deuda, acuerdan, á una, pues-

to que les es lo mismo, rasgar todos los papeles y quedarse completamente saldados de cuentas públicas. Aquellos sesenta mil millones de primitiva Deuda, son un puro valor de obligación que en nada influye en la fortuna pública, en pro ni en contra...

O bien, de otro modo se hace el experimento imaginario, dejando solos, aunque en Sociedad, á los poseedores del valor ensayado y si se anula con esto el bien que poseían, se trata de un valor de obligación. Así el papel moneda esparcido á manos llenas entre todos los presentes en el mundo, en nada concurre á su bienestar. Si por ejemplo, en una nación de veinte millones de habitantes, hay cien mil ricos que posean solo cierta clase de valores como: papel moneda, valores públicos, obligaciones de Sociedades Bancarias, grandes latifundios, etc., etc.. estos cien mil ricos se ven repentinamente en la pobreza *si todos los demás se ausentan del país*.

Sucede con los dos experimentos esbozados, que hacemos desaparecer, de un modo ú otro, aquellas personas sobre las cuales había de recaer la obligación y el valor se extingue.

Como el hombre por natural tendencia persigue incesantemente la satisfacción más cumplida de sus necesidades personales, con un mínimo esfuerzo, para nada ha debido tener en cuenta para sus fines prácticos aquella distinción esencial entre el valor de obligación y el valor de producción; porque para el objetivo privado y personal tanto monta una especie de valor como la otra.

Pero para nosotros no: para nosotros los Ingenieros, los organizadores y los jefes del ejército de la producción de la riqueza pública de que viven los hombres, el valor de obligación se halla enteramente fuera de nuestra consideración profesional. El estudio económico de una de nuestras obras había de abarcar lo que precisamente, dado el atraso de la ciencia, no puede concretarse. El conjunto, medido y apreciado en su verdadera magnitud de todas aquellas influencias que la obra ha de ejercer sobre la fortuna común

de todos, sobre la verdadera riqueza, á que nada añaden los valores de obligación. En vez de esto solemos limitarnos á un estudio técnico de la eficacia del instrumento que creamos, con el intento de alcanzar una relación máxima entre la función industrial de la obra que proyectamos y el dinero que cueste; cálculo que desprecia la parte más trascendente de la función económica de la obra que, á lo sumo, mencionamos tratando de su importancia y utilidad. Hacemos esto en la imposibilidad de llevar á cabo un estudio económico con los instrumentos que la pseudo-ciencia vulgarmente apreciada nos proporciona, entregada, como está, á una legión de falsos economistas.

El verdadero análisis económico es el examen de los procedimientos para lograr el incremento de la producción de riqueza y de su mejor distribución y el progreso de valores que no sean de pura obligación entre unos hombres y otros; que estos valores añaden nada á la fortuna común. Y la confusión mental que estorba nuestro examen nace precisamente de que nuestra vida y nuestra actividad giran en torno de un objetivo que tiene, para cada uno separadamente, el mismo fin que desempeña la riqueza común para el conjunto y nos lleva con una fuerza de adhesión casi invencible al aprecio de la fortuna privada, como exactamente igual en consecuencias y hasta en verdadera naturaleza á la riqueza económica.

Observaremos que la idiosincrasia de ciertas profesiones acumula, por costumbre, más obstáculos todavía entre la mente humana y la verdad. Aquellos que por estímulos cotidianos se aplican á acumular dinero y á considerar solo la obligación y su ente recíproco, el derecho, han de ser inteligencias sobresalientes para no sucumbir á la sugestión. Ellos, sin embargo, se titulan «economistas».

La confusión del dinero con la riqueza económica es, desgraciadamente, general y aunque es obvio que causó incontables males cuando los estados siguieron ciegamente el sistema de Economía Política llamado «mercantil», no por eso deja de estar en predicamento, casi universal. Dis-

traed un momento vuestra atención sobre un ejemplo, de una singular elocuencia. Es aquella afirmación que estuvo en boga entre economistas reputados de que la guerra mundial, que no acabamos de padecer, tendría una duración limitada por la resistencia financiera de tal ó cual otro Estado. La profecía cayó después en un ridículo descrédito; pero los profetas y sus escuelas siguen gozando ¡cosa inexplicable! del general aprecio. Naturalmente; ¿No había pedido Napoleón, para hacer la guerra, dinero, dinero y dinero? ¿Y no había recaído sobre tamaña equivocación el universal asentimiento? La guerra parcial, limitada á un corto número de hombres, como un levantamiento, tiene caracteres parecidos á los de la fortuna individual y puede perentoriamente consumir, en parte, valor de obligación. Pero la guerra en sí misma no consume dinero, *sino que lo produce*, y consume y destruye por lo contrario, riqueza, riqueza y riqueza.

Produce dinero, y las naciones que han sufrido el azote como beligerantes, rebosan de moneda y con tanta más abundancia patológica cuanto más profundamente han sido afectadas por la conflagración. A esto la Economía usual, falta de ideas exactas, pero siempre dispuesta á construir frases, llama «inflación del dinero».

En cambio el empobrecimiento de las naciones adineradas por la guerra, ha traído una miseria espantosa á causa de la destrucción vesánica de riqueza, y sólo cuando algunos beligerantes se hallaban exhaustos de valores de producción cesó el delirio. Por falta de dinero y otros valores de obligación no hubiera cesado, aunque hubieran de haberse emitido empréstitos por tantos miles de millones que hastiaran al mismo Napoleón.

He dicho que la autoridad científica en materias económicas se halla entregada á personas que por su psicología profesional son llevadas á la confusión esencial de todo error económico, y nosotros los Ingenieros, que por nuestra ídiosincrasia profesional estimamos la producción en su verdadera naturaleza, nosotros, entre quienes abundan los

que sienten instintivo despego á la labor de cuidado y cálculo de la moneda y valores de obligación, que surgen durante la gestación de las obras del trabajo, atraída su mente á la contemplación de la hermosura que emana de la labor fecunda, apenas paramos mientes en tales disciplinas ideológicas. Así se halla de adelantada la empresa de la Economía Política, como la de la ciencia del movimiento entre aquellos peripatéticos que lo demostraban andando. Aquellos y otros dejaron transcurrir siglos de interminables disquisiciones acerca del espacio y del tiempo; pero mientras alguien no dijo que el límite de la relación de sus porciones elementales, la derivada del espacio con relación al tiempo, era la velocidad, poco adelantó el entendimiento humano hacia la creación de la dinamo.

Si distinguís claramente lo que es riqueza y capital por tanto, que es riqueza acumulada, ahorrada para facilitar una ulterior producción, puedo afirmar ante vosotros que para la realización de una obra pública no es indispensable capital alguno.

Si, como sin suficiente reflexión solemos expresar, una obra pública necesitase para su realización positiva el consumo ó aplicación de un equivalente capital anteriormente acumulado, toda la ventaja de nuestra iniciativa quedaría reducida al cambio de forma de aquella suma de capital. Cambio de forma que podría ser beneficioso ó no según las circunstancias, y que en todo caso amengua y empequeñece la utilidad del propósito y acarrea dudas ante un proyecto nuevo de si la iniciativa será favorable ó desfavorable para la riqueza pública.

Además, si fuera verdad aquella premisa, nuestro horizonte como constructores estaría limitado á la magnitud del cúmulo de capital presente. Pero mirad el absurdo que se deriva de esto, si por ejemplo, en España, tenemos seis mil millones de pesetas y las destinamos á obras públicas, poblando el territorio de vías de comunicación, de pantanos, de canales de riego, de toda clase de obras productivas. Concluído el plan no podríamos hacer, hasta esperar

luengos años de nueva acumulación de capital, algún ferrocarril secundario olvidado en el programa. Y eso cuando nuestra producción podía ser 10 veces mayor que la presente..

No: hay en todo esto un error fundamental. La obra pública es en sí misma un capital y no puede ser otra cosa y es producida directamente por el trabajo nuestro y puede serlo sin ningún correlativo consumo de un capital anteriormente formado. Se hace la obra pública y si para hacerla no se ha destruido otro valor de producción, el peculio público quedará incrementado en todo el valor de la obra nueva y fertilizado por añadidura de un modo admirable, como más adelante veremos. Dinero sí hace falta. y otros valores de obligación que la comunidad crea, sin esfuerzo alguno; pero capital, no suele consumirse apreciablemente, á excepción de algún que otro derribo sin importancia. Las mismas subsistencias y herramientas de los que trabajando, la hacen surgir de la nada, no son aplicables á la construcción de la obra, sino á la existencia de los trabajadores, que habían de consumirlas en todo caso y ni siquiera es forzoso que las subsistencias se hallen preparadas de antemano, formando capital. En la compleja producción moderna, que no sea solo de caza y pesca, las subsistencias de los trabajadores se hallan preparadas hasta cierto límite, sea que trabajen, sea que huelguen y se renuevan continuamente y todos producimos nuestra subsistencia en la forma que la división del trabajo hace más cómoda.

Una manera que evidencia clarísimamente la génesis de las obras públicas es la de prestación personal que en el país vasco llaman «auzolán», que es equivalente á «trabajo del pueblo». Si han sentido la conveniencia de abrir un camino vecinal ó un cauce á las aguas ú otra obra pública semejante, los vecinos todos acuden en ocasión oportuna, con sus medios auxiliares, herramientas y ganado de labor y concurren al trabajo que, sin más complicaciones se termina y presta sus frutos de bienandanza, de allí en adelante, á todos. Pues bien, las obras públicas para la comunidad se construyen todas por un «auzolán» organizado en

forma más compleja. Hay que regular la aportación individual, por los procedimientos usuales, en que la moneda interviene como medio de cambiar servicios y valores; pero el fondo del procedimiento no varía.

Cuando una obra pública se hace con dinero levantado por empréstitos, este dinero que se hallaba en ciertas manos, representando una obligación aceptada de modo inconsciente, pero de buen grado, por la comunidad entera, de cambiarlo sin aplazamiento, por riqueza ó por servicios, pasa á otras manos y es sustituido en su primer poseedor por otro valor de obligación que devenga renta: la moneda no devenga renta para su tenedor. Concluida la obra pública ¿qué queda?. Moneda en cantidad igual que anteriormente, pero en otras manos y valores de obligación nuevos, que en sumandos negativos y positivos nada añaden al fondo común, ni tampoco le restan. ¿Cuál es el capital consumido?

Se suele sentir, más que raciocinar una especie de necesidad de que las cuentas de depósito en los Bancos, arrojen una suma muy grande de valores, antes de emprender una obra de magnitud. ¡Como si la obra pública fuera á surgir del consumo de papel!

Lo que induce á la equivocada sensación es un error análogo á aquel que antes comentábamos. Para que un individuo ó una colectividad privada llegue á construir, para ser de su propiedad, una obra, aunque sea del mismo género que una pública, un salto de agua, por ejemplo, necesita inducir á los demás á que trabajen para él. Esto lo hace mediante la entrega de dinero que, previamente á emprender la obra, debe tener acumulado el individuo. Y como este dinero es cambiabile por capital en cualquier otra forma, *para su peculio privado*, la propiedad de la obra emana de un correlativo consumo de capital y generaliza equivocadamente el concepto, con tanta más facilidad cuanto que el valor de la obra pública siempre lo evaluamos en dinero, como estamos acostumbrados á medir las cantidades con otras, muchas veces heterogéneas.

Para el exámen económico de una obra pública, no tiene que ver su coste en dinero más que en cuanto esta evaluación de la cantidad de trabajo de la comunidad que haya de emplearse determine si su empleo se hace en tiempo oportuno. Cuando se reúnen los habitantes del barrio vascongado en «auzolán» no es ocasión de recoger cosechas ni de otras labores agrícolas inaplazables. Es, por lo contrario, en días inertes para el trabajo de su ocupación ordinaria, cuando por la época no propicia ó por el tiempo inclemente otra ineludible labor agrícola no puede realizarse.

De modo análogo, el exámen atento del economista debe dirigirse á saber si la actividad social se halla ocupada en aquella actualidad, de modo intenso, que no pueda ampliarse, en una labor ímproba e inaplazable, en la realización de otros fines de mayor rendimiento económico y á eso ha de venir á parar mi exámen de la conveniencia y urgencia de realización del «directo».

Porque si la actividad social se halla desocupada] de productivas empresas ó sumida en el letargo de la inacción y el organismo económico se halla atacado de anemia precisamente á causa de faltarle, por defectos de organización ó por lo que fuere, ocupación á su potencial trabajo, ¿qué significación económica-política tiene el decir que una obra pública es barata ó cara, si dentro de estas hipótesis es gratuita?

Nada podemos hacer mejor para discernir exactamente cuál es la naturaleza de los gastos de construcción que calculamos para cada obra, que meditar sobre una partida que conocemos sin confusión posible. Esta partida es la correspondiente al trabajo facultativo nuestro, para la obra. Es una de tantas partidas y como otra cualquiera suponemos que integra el «capital» de establecimiento. ¿Pero no es claro que esta partida se refiere á una posible aplicación de nuestra actividad, ahora en España, refiriéndonos á nuestra colectividad, superabundantemente dotada del tiempo indispensable, que de no emplearse en tal ó cual obra pública que proyectemos, no se empleará en nada?

Si el trabajo nuestro ha de crear la obra pública y este

trabajo no se convierte en actual, desde su potencial estado en cierto tiempo, aquel enriquecimiento de la comunidad que fué posible, ha dejado de existir por nuestra inercia ó nuestra rutina. Porque el trabajo es una potencia del hombre; pero su transformación en acto necesita del tiempo y si el tiempo pasa y el trabajo no se concreta en esfuerzo, se ha perdido una ocasión de producir riqueza, que no volverá jamás.

Una obra pública en proyecto, solo puede ser desechada por aquella comunidad que encuentre á su incesante actividad fructífera, tal ocupación más favorable que la obra proyectada, que no pueda dedicarsu tiempo ya destinado á otra cosa, á realizar la nueva. Una obra pública cualquiera con solo que se halle enderezada á una más fácil producción es siempre un paso que damos hacia un porvenir mejor, un porvenir de más bienestar, de más cultura, de más adelantada civilización. El paso será más largo ó más corto, pero es paso al fin y todas las consecuencias para los valores de obligación, para las circunstancias relativas de hombre á hombre, que se deriven de la obra pública, quedan eliminadas de nuestra consideración, si discurrimos para el cuerpo económico, no para los privativos intereses de una persona ó de una fracción de la colectividad.

Bien está que aquellos que han de arriesgar su peculio vean las consecuencias individuales de sus actos y aquí, para la buena distribución de estas obligaciones, es muy pertinente el informe de banqueros, peritos en el cálculo de valores de obligación; pero nosotros, que solo hemos de examinar conclusiones relativas á la fortuna pública, no tenemos otra cosa que ver, sino si nuestras tareas nos imponen una incesante labor que hayamos de abandonar para acudir á la realización del proyecto y si esta tarea abandonada es forzosamente de mayor ó menor utilidad que el propósito nuevamente acariciado. No de mayor rendimiento industrial, no; sino de mayor valor absoluto del incremento de la riqueza pública y no pongamos en parangón posibles obras mejores, no, sino iniciativas que realmente estén en ejecución ó que ya ningún obstáculo pueda detener.

Que un financiero, fija su mente en consideraciones de saldos de ciertos valores de obligación, caiga en el error, pase; pero quenosotros, á la cabeza de innumerables trabajadores los condenemos á una inacción forzosa, nosotros que los vemos emigrar en busca de ocupación retribuida, abandonando desesperados la tierra que los vió nacer, por no sé qué confusiones mentales y prejuicios nacidos de nuestra dejación de este género de conocimientos, es inadmisibile.

En definitiva mi afirmación para este punto es: que las obras públicas para la comunidad no consumen forzosamente capital, para su ejecución. Por lo contrario, las obras públicas son instrumentos de trabajo, capital que el humano esfuerzo hace surgir de la nada y el exámen económico de la conveniencia de una obra pública requiere el exámen de la oportunidad del empleo de nuestro trabajo que yace en estado potencial. Si este potencial esfuerzo no está actualmente empleado, la construcción de la obra pública jamás puede ser perjudicial, cualquiera que sea la relación de valores de obligación que se cambie entre individuos de la colectividad. La obra pública que proporcione más utilidad absoluta es la mejor, sin necesitarse de más meditaciones, desde el momento en que haya un saldo, por pequeño que sea, de trabajo potencial sin empleo. El abandono ó aplazamiento de una iniciativa encaminada á crear una obra pública, si el trabajo social está pendiente de aplicación es exactamente igual á una destrucción de riquezas en estado latente.

Esta última afirmación explica la pobreza de las colectividades rutinarias, perezosas ó contemplativas.

Examinada la génesis de la obra pública paso á considerar su efecto sobre la riqueza.

Todo trabajo humano en un ciclo completo de la producción se emplea sobre cosas naturales. El ciclo completo se compone de tres fases que en general aparecen aglomeradas unas con otras. La captación de primeras materias, la transformación de su estructura ó emplazamiento y el cambio que lleve el producto transitorio ó definitivo á posesión del consumidor. La riqueza es creada paulatina-

mente en estas tres fases, incrementándola el trabajo en cada una.

En la primera fase del ciclo es evidente el papel de la naturaleza en cuyo seno están guardados los materiales, agentes pasivos de la producción cuyo agente activo es el trabajo. En la segunda fase, que es, por decirlo así, la fabril, se oculta á las veces el papel preponderante y esencial de la naturaleza, y esta ocultación promovió á mi entender, tamaña equivocación como la de las escuelas socialistas, que no se apercibieron más que de uno de tantos monopolios artificiales, como es el causado por la concentración de grandes masas de capital, olvidando ó no percibiendo otros monopolios mucho más influyentes que el que llamaron «capitalismo». Pero con todo, no es menos indispensable la intervención de la naturaleza en esta fase del ciclo, por alguna captación de fuerza, de materia, de vitalidad ó de emplazamiento cerca del lugar de residencia posible de productores y consumidores. En la tercera fase del ciclo, el cambio, es decisiva la intervención de la naturaleza, por causa del emplazamiento á que debe estar presente una parte, cuanto más numerosa mejor, de la colectividad.

Llamo fertilidad económica de un cierto fragmento de naturaleza, á la relación de la riqueza creada en el ciclo de producción que sobre ella se ejerza, al esfuerzo empleado para ello.

La fertilidad económica es como veis, algo análogo á la fertilidad agrícola, pero no se confunde con ella. Una tierra feraz desde el punto de vista agrícola, sita en Africa central, es económicamente estéril; porque la fertilidad económica hace relación al trabajo y á las necesidades humanas, y el acceso á la tierra del trabajador, y la presencia en la tierra de la comunidad consumidora, son elementos que deciden la cifra representativa de la fertilidad económica. El llegar al Africa central los agricultores, y el traer de allí el fruto cosechado hasta tierras civilizadas, capaces de esa explotación, anularía el beneficio.

Y así como la fertilidad agrícola de una tierra en uso,

es acrecentada por los abonos, así la naturaleza acrece su fertilidad económica con el empleo de capital. Si el trabajo se ejerce con medios rudimentarios sobre la naturaleza ó (como tuvo que ser alguna vez posible) con solo el organismo natural del hombre, la riqueza producida es una cantidad mezquina; pero á medida que el empleo de capital en fases de la producción cada vez más diversificadas y más complejas se hace intensivo, el trabajo es más fructífero.

La función del capital, en el ciclo entero de producción es la misma, ni más ni menos que la que los abonos en la agricultura; un aumento de lo que he llamado fertilidad económica. Y dejo este punto á vuestra consideración sin extenderme más para no herir susceptibilidad alguna.

El capital aumenta el rendimiento de riqueza que da el trabajo aplicado sobre la naturaleza, y en este aumento está su valor y utilidad.

Pero hay otro elemento que no es capital, pero que también aumenta el fruto económico cosechado. Este elemento crece sin cesar en las civilizaciones durante su desarrollo y apogeo, y solo retrograda cuando una civilización perece, de la muerte que amenaza á la nuestra.

Este elemento es el patrimonio más valioso que nos legaron nuestros antepasados y que heredarán nuestros descendientes incrementado aún. Es el saber. Es el conjunto de los conocimientos humanos. Vale incomparablemente más que todo el capital que sucesivas generaciones han acumulado. Si un fenómeno sísmico, si una convulsión cien veces más grave que la guerra pasada aniquilara el capital existente, dejando á la humanidad en una indigencia tan absoluta como sea posible imaginar, la muerte, la miseria y la desgracia se cernerían sobre las naciones; pero el trabajo inteligente del hombre, aguijado por la necesidad, reconstruiría la máquina social en plazo corto: cien, doscientos años. Pero si una amnesia repentina y general invadiera todos los cerebros y quedara olvidada toda suerte de conocimientos, hasta los más elementales ¡qué larga serie de siglos de barbarie había de transcurrir para

sacar á los hombres de nuevo de la oscura noche de su ignorancia!

Pues bien, por el acopio ininterrumpido de verdades y de riquezas en forma de capital al fondo común, que en una serie creciente y de razón creciente se realiza, la producción de una suma determinada de riqueza es cada vez más fácil. La fertilidad económica de la naturaleza aumenta; aumenta en proporciones inconcebibles y cada vez más deprisa, y en consecuencia la fatiga que ha de redimir una obligación definida, disminuye. Y un empréstito que impone una obligación constante, que ha de sobrellevar una parte de la comunidad en beneficio de otra y ha de redimirse con trabajo en fin de cuentas, pierde gradualmente su importancia y acaba por desaparecer, diluido en el común acrecentamiento del poder productor. Y no olvidéis además que, como he demostrado, empréstito distribuído uniformemente, es valor extinguido.

Otra circunstancia que acrecienta la fertilidad económica de una porción de suelo ó de naturaleza, es la presencia contigua de la comunidad por sí sola. Creo que es el elemento fertilizante más poderoso, y así no hay trozo de naturaleza más fértil económicamente que el suelo de las grandes ciudades en sus centros urbanos. Allí, la aplicación de reducidas porciones de trabajo y capital origina cuantiosísimos cambios, y por tanto, gran suma de riqueza. Por eso, á igualdad de superficie, no hay suelo que devengue tanta renta.

Diré ahora lo que, á mi juicio debía computarse para apreciar en magnitud, la utilidad de una obra pública y me referiré especialmente á una vía de comunicación.

El enorme incremento de la producción moderna se debe, como sabéis todos, á la división del trabajo y asociación de fuerzas, mediante el cambio de productos. Esta es la esencia de la civilización; esta es la facultad exclusiva del hombre sobre los animales. En su acrecentamiento consiste el progreso. Pues bien; la vía de comunicación se orienta directamente á promover lo que es fundamento y

raiz de la civilización. Promueve el cambio de ideas y de productos, asocia á los hombres acercándolos entre sí para una acción común especializada. Los hace cooperar en un ciclo de producción cada vez más y más complejo y subdividido y en resumen, por aquel intercambio de ideas y de productos y porque *hace presente* á la comunidad en todo su recorrido, es causa de que en una producción conjunta coopere formando un solo todo, el cuerpo económico influenciado. La utilidad de la vía de comunicación está medida por el acrecentamiento de la fertilidad económica de toda aquella suma de naturaleza á que alcanza su influencia. La medición es imposible hoy en día. Será posible cuando la ciencia económica dé pasos semejantes á los que dió la ciencia del movimiento arrancada de los peripatéticos de que hablé antes, cuando vosotros la toméis entre manos y apliquéis, al empeño de su adelantamiento, las normas de juicio habituales en nosotros y cada palabra técnica signifique una sola cosa y cada cosa esté denominada con una sola palabra técnica.

Y ahora voy á abordar un punto delicado de nuestras meditaciones.

He discutido en todo lo pasado para el cuerpo económico, para el organismo social; de que nosotros somos células; la riqueza sangre; órganos, las entidades colectivas que desempeñan funciones diversas de la producción. El cuerpo económico se extiende hasta allí donde haya alguien que coopere con nosotros á la producción, muy lejos por encima de las fronteras que ciñen el cuerpo ú organismo político.

La parte productora de este organismo nacional tiene algo de privativa limitación que modifica muy poco mis razonamientos precedentes y el organismo político tiene intereses que no son comunes con los del cuerpo económico y á las veces, son antagónicos, como cuando, para conservación del cuerpo político se hace precisa la destrucción de vidas y haciendas que se llama guerra.

Los enlaces y relaciones de órganos económicos sal-

van las fronteras y es tal su fuerza y de tal modo ligan las individualidades económicas que á medida que la civilización avanza la supresión de estos enlaces es tan grave mal como la misma guerra. La absoluta independencia económica se llama bloqueo absoluto.

Se ha extendido tanto la división del trabajo (y no de otro modo podía haberse alcanzado el asombroso desenvolvimiento de la civilización) que del modo más insospechado á las veces, un centro económico está ligado indisolublemente por las distintas operaciones de producción con otros lejanos, con quienes la fusión se hace al través de varias nacionalidades.

No hay cuerpo económico nacional. Nadie lo podrá definir. Si se aísla el conjunto de productores nacionales ó residentes en la nación se amputa miembros del organismo vivo, que lo convierten en otro ser. El cuerpo político no tiene por fin la producción y cuando se dice que tal ó cual nación produce, exporta ó importa, se usa un tropo, alterando fundamentalmente la verdad. Las naciones no exportan, lo hacen algunos nacionales y las mercancías van y vienen recogiendo en fases parciales la labor humana, hasta que desde el seno de la naturaleza pasan á ser absorbidas por el consumo. Cada hombre está ligado por la cooperación tal vez hasta sus antípodas. (El conferenciante tiende al llegar á este punto su vista en derredor y encuentra *en un metro de radio* ejemplos aplicables á esta afirmación que le hacen exclamar; la mina de este lápiz ha venido de Siberia, este reloj está fabricado en Nueva York y esta cadena, de oro del Klondike, la pasta del papel de este escrito procede de Escandinavia y el algodón de este tapete ¿habrá venido de Méjico ó de Egipto?)

Pero así como el cuerpo político mediante el poder público tiene medios de conservarse y desarrollarse con libertad, el cuerpo económico no. Y nace tal vez la diferencia de esto: integramos todos los ciudadanos el cuerpo político con iguales derechos, por declaración constitucional. La soberanía es de la comunidad y á conservar in-

tacto el tesoro de una espiritualidad y de una cultura privadas nos obliga en cambio á todos la Constitución; pero la producción, aun la producción del capital nacional, constituido por las obras públicas, los montes públicos y algunas otras pocas cosas más, no viene á beneficiar directamente á la comunidad, sino en parte muy restringida. Por eso no se usa el poder público para impulsar con una organización adecuada, la producción pública.

Una vía de comunicación fertiliza y aumenta de valor por ende, con el capital que representa, la naturaleza hasta donde alcanza su influencia. El cuerpo político nacional la crea y reparte el esfuerzo requerido, entre los nacionales, pero el aumento de valor, que ese capital aporta á la naturaleza, pasa solo en una mínima parte á la comunidad y la casi totalidad pasa á poder de los propietarios de la naturaleza y de los que disponen de privilegios y monopolios á lo largo del recorrido. Esta mayor parte del valor de la obra pública, entregada sin retribución por la comunidad á los propietarios y monopolizadores, constituye la acumulación que llamamos los intereses privados favorecidos por la obra. (Represento al Ayuntamiento de Pamplona y podéis apreciar que hablo para la Verdad, no para la galería.)

A su vez los monopolios y privilegios establecidos en zonas que concurren industrialmente con la zona que fertiliza la nueva vía, disminuyen de valor, por lo menos de valor de especulación y forman los intereses privados perjudicados por el proyecto.

El interés privado, el privilegio, no se presenta nunca franco y desnudo. Se reviste de un disfraz que quiere hacerle aparecer como de interés nacional. También las mercancías se presentan muchas veces envueltas en el enblema patrio, con los colores nacionales y un letrero que dice: PRODUCCION NACIONAL, porque no pueden ostentar el único rótulo adecuado: PRODUCCION MEJOR Y MAS barata.

Por eso una vía de comunicación que como demostré antes es siempre un beneficio cierto para la comunidad,

promueve tendencias contrarias en los intereses privados.

Y por razón de que la comunidad no encuentra en una apropiación comunal del beneficio producido por un esfuerzo común, suficiente razón para compeler por medio del poder público á los ciudadanos á la obra, se tolera, como he dicho, la pérdida de riqueza potencial que representa la inacción parcial ó total del trabajo de los ciudadanos.

Como la soberanía es de todos, todos hemos de defenderla. ¿No sería ridículo que ciudadanos residentes en un rincón del territorio nacional se creyeran desligados del deber de rechazar una invasión, porque se producía en una frontera alejada de sus hogares? La misma incongruencia parecería desprenderse de las pugnas de intereses privados, *si la comunidad fuera dueña de toda la riqueza que crea con su esfuerzo.*

La conservación intacta del cuerpo nacional tiene un interés primordial en el común asenso; pero la creación sin tardanza de riquezas y bienestar que libren la mente de las muchedumbres de la incultura y sus cuerpos de la miseria, es también inaplazable, aunque sea como paliativo, con una distribución injusta. Los Ingenieros tenemos, por nuestra posición á la vanguardia del ejército de los trabajadores. una responsabilidad que en vano intentaríamos despreciar, porque ciego será quien no vea la inundación que crece.

Y ya que solo como independientes ciudadanos podamos concurrir á una acción política, que establezca una distribución justa, profesionalmente, para salvar nuestra civilización amenazada, démonos por entero á una producción intensa, sin respiro!

\* \* \*

El ferrocarril que ha de ligar las redes europea y africana y que ha de acercar el tráfico de gran velocidad de la América del Sur á Europa, ha de hacerse.

La sola existencia de ambas redes lo determina así. Mi querido compañero, camarada del tiempo inolvidable, don

Enrique Morales, explicó con su acostumbrado acierto cómo era inminente el desarrollo de la red africana. Pues bien; dos redes de la importancia de ambas continentales, situada la una en lo que es emporio de la civilización, apesar de todo lo sucedido, y creada la otra para extender el poderío humano sobre dilatadísimas feraces extensiones, se atraen con el impulso incontrastable de dos masas siderales.

La unión se hará, con nosotros ó sin nosotros, por una línea de agua corta, transmediterránea.

La línea de Dax á Algeciras significa que nosotros penetremos en esta corriente de la civilización y no nos quedemos, tal vez para siempre, á su margen.

La presencia de la comunidad fertiliza el suelo; pues bien ¡traigamos medio mundo á nuestra presencia!

La explotación de la colosal Naturaleza vírgen africana se hará por los procedimientos corrientes de la civilización. Los que cosechen frutos en el alto Níger, usarán máquinas europeas ó americanas y el fruto cosechado vendrá tal vez á ser consumido en zonas norteñas. Pero todo aquel que haga una labor parcial, pero necesaria, desde arrancar el mineral que dió el hierro para el arado, hasta el que concertó el último cambio del fruto aquel por dinero, junto á la boca del que comió, ¿creéis acaso que no cooperó á la producción total?

Y á nosotros nos tocaría en el ciclo productor la misión de establecer con los medios más refinadamente sublimes de la industria humana, el broche que enlazara el tráfico selecto, el tráfico de gran velocidad de la mundial corriente. Nosotros, en nuestra misión, restringida en el espacio, trascendente en la manera, explotariamos así también, el alto Níger. El legado de Cisneros se amplía, por modos diferentes, de los que aparecían á su mente, sin imposición violenta de soberanía, sin despertar «odio africano», con los suaves vínculos fraternales con que nos enlazan á los hombres la paz y el trabajo.

Esta es la servidumbre de paso de que se ha hablado,

bien que á renglón seguido se la proclamase suerte envidiable de aquellos sobre los cuales más cercanamente había de pesar.

Esta es la misión nacional de esta vía internacional y para su desempeño es preciso que el instrumento se cifa del mejor modo al propósito perseguido. Del mejor modo imaginable, disponiendo todo al mejor servicio del tráfico. ¿No sería ridículo que nos propusiéramos surtir, en interés nuestro, un mercado ageno, con bienes más caros ó peores que los suyos propios? Aquí radica la sujeción fundamental que determinará todo; anchura de la vía, pasos forzados, sistema de tacción, capacidad del instrumento de transporte.

Pero además, 'la vía de Dax á Algeciras será una vía directa de Madrid á la frontera francesa y de Madrid á Andalucía. Que ya es hora llegada de comunicaciones sin rodeos. Tenemos hechas vías colectoras, vías de circunvalación, vías secundarias. Nos falta la red de primer orden: los directos.

A orillas de la vía una industria creciente cambiará más y más productos é ideas, con localidades de un medio ambiente cuanto más exótico más apropiado para que elementos, que contrasten vivamente, se suplan en una acción común.

Este resultado equivale á una valoración de regiones españolas hasta donde alcance la influencia de la nueva vía.

A este mejoramiento se le ha llamado un régimen de clases. Una clase la que tiene más fácil comunicación con el extranjero y otra clase la que tiene una comunicación más difícil. ¡Pero no más difícil que ahora! Toda región, sea cualquiera su situación industrial actual, gana con la construcción de la nueva vía, en términos absolutos. Porque ninguna puede perder en cuanto no se trata de destruir un ferrocarril sino de crear otro nuevo. Así los ferrocarriles actuales seguirán sirviendo, mejor aún, puesto que más aliviados de tráfico, las necesidades actuales.

Lo que sucede es que se origina una concurrencia más

libre en el mercado y los monopolios actuales se sienten lastimados en cuanto á que ya no pueden imponer aquella fuente de valores de obligación á su favor, de que hablábamos, dificultando la producción de riqueza competidora por otros.

La concurrencia temida sobre todo es debida á extranjeros que acapararan las industrias del recorrido. ¡Qué equivocación más funesta! He demostrado que esa palabra «extranjera» no tiene sentido, aplicada al cuerpo económico, tanto más cuanto que parece tratarse de que establecimientos fabriles poseídos por extranjeros sometidos á las leyes del país, se establecieran en España. ¡No hay mercancía extranjera, mucho menos mercancía extranjera producida en España!

La concurrencia libre es el estímulo del perfeccionamiento de la producción, porque acopla la mayor capacidad técnica á la más favorable oportunidad natural y porque iguala las cantidades de esfuerzo que los hombres se entregan mutuamente en los cambios. Nadie puede temer la concurrencia libre, ni de ella resulta mal alguno, más que para aquel, que, amparado por un monopolio, la suprime á favor suyo y obliga á otro hombre á entregarle fruto de su trabajo, sin una recíproca igual devolución.

La concurrencia temida restringe ó suprime un monopolio parcial, que favorece hoy á las actuales empresas de ferrocarriles y á los propietarios de naturaleza influenciada por las vías existentes. El futuro nuevo monopolio parcial desequilibrará á los privilegios actuales. ¡Allá sus gozadores! Nosotros hablamos profesionalmente aquí, para el conjunto económico y para el provecho total ¡el legítimo! el de la comunidad que será favorecido con la nueva vía, cualquiera que sea su ancho; porque una nueva vía de comunicación puede alterar un regimen de favor, pero no perjudicar, en absoluto, la producción del conjunto. Y si construída la nueva vía resulta evidente una ventaja resultante de uniformizar el ancho de la red española, que ahora no puede demostrarse, es que la nueva vía de comunicación

ha originado, relativamente á las comunicaciones actuales una ventaja imprevista: la de obligarnos á cambiar el ancho de la vía.

Esto no lo verá claro el que confunda el capital con el dinero: porque supondrá que es un perjuicio el gasto de dinero que absorva el cambio de anchura. Pero quien sepa que eso no es sino empleo de un trabajo que entonces sería remunerador, puesto que se hacía y ahora no lo es, puesto que no se hace, quien sepa esto, no verá sino que la naturaleza, en España, habría experimentado un aumento de fertilidad económica, con la nueva vía, tal, que ya el trabajo, ahora estéril, era entonces fecundo. Una tierra que no vale la pena de trabajarse hoy y mañana da fruto copioso, ha recibido, entre hoy y mañana el abono económico á que, en fin de cuentas equivale el capital creado por el trabajo que empleemos en la construcción del «directo.»

En cuya realización sí que debemos rivalizar las regiones españolas y en construirlo pronto y bien. A nosotros nos toca en suerte uno de los peores trozos. Sin embargo procuraremos hacerlo como mejor nos sea dado. Hay allí, esperando la orden de comenzar la labor, muchos hombres fornidos, diestros ya en la tarea de rellenar barrancos y perforar los montes que tanto aman. Yo, cuando se inaugure la obra, quiero estar en Lindux, desde donde tantas veces he contemplado la barrancada de Alduides á mis piés y á mi frente Altobiscar y cuando el primer tren remonte rauda la falda, muy por encima ya de Urepel, inquiriendo impaciente en los repliegues del terreno la boca del túnel de la divisoria, quiero oír cómo, en el mismo singular idioma milenario en que los antepasados de aquellos hombres fornidos cantaban el aniquilamiento y exterminio, uno por uno, de osados invasores, como los tiempos han cambiado y el extranjero llega en son de paz, cantan ahora sus descendientes el gozo de haber abierto, con sus rudas manos, ancho cauce á la corriente fertilizadora.

HE DICHO.



